

LÓPEZ QUIROGA, Jorge

Arqueología del mundo funerario en la Península Ibérica (siglos v-x).

La Ergástula.

Madrid, 2010, 438 pp.

A pesar de la larga tradición historiográfica que existe en torno al mundo funerario hispano en los siglos tardoantiguos y altomedievales, sigue constituyendo uno de los temas más complejos de abordar y que más polémicas y debates ha generado y aún genera. Son muchas las tendencias que han tratado de interpretar este amplio conjunto arqueológico sin llegar nunca a una explicación mínimamente satisfactoria, sobre todo a la luz de toda la renovación que está sufriendo la Arqueología de la Alta Edad Media, tanto en lo teórico como en lo metodológico. Su problemática, lejos de estar resuelta, parece plantear cada vez más dudas e incertidumbres, como muestra la reciente publicación de Roger Collins (2005), en la que se hace una acertada e incisiva crítica que todavía parece no haber sido asimilada en el debate actual.

Una de estas tendencias es en la que se encuadra el profesor López Quiroga, en cuya prolífica y reciente bibliografía la Arqueología

funeraria tiene una especial importancia como sujeto de estudio. Si no hace más de un año se publicó su trabajo de síntesis sobre el hábitat rural de la Península Ibérica en los siglos v-x, en el trabajo aquí comentado se pretende realizar lo mismo con el mundo funerario.

En palabras del autor, el libro ofrece «un panorama útil del estado actual de la investigación sobre la «Arqueología del mundo funerario en la Península Ibérica entre los siglos v y x» cuyos destinatarios son tanto investigadores especializados (arqueólogos y/o historiadores) como especialmente, estudiantes de Historia, con o sin orientación arqueológica» (p. 15). Sin embargo, y esto es importante a la hora de analizar el trabajo, no se trata de una mera síntesis, como se podría dar a entender, sino que, en realidad, es un estudio interpretativo y personal del autor sobre el tema. Y no podría ser de otro modo ya que, debido al fuerte debate que existe sobre este mundo funerario, no hay todavía los suficientes consensos en el panorama investigador como para realizar dicha síntesis.

Unas interpretaciones del autor cuyo antecedente directo hay que buscarlo en el número 11 de *Zona Arqueológica* (2010) dedicado, significativamente, a «El tiempo de los bárbaros: pervivencia y transformación en Galia e Hispania (ss. v-vi d. C.)». En él, López Quiroga junto con otros investigadores publicaron una serie de artículos en los que se encuentran la mayoría de las ideas que se presentan, más desarrolladas y de forma más explícita, en esta «Arqueología del mundo funerario...».

El libro consta de cuatro capítulos que se organizan en base a dos parámetros: el cronológico y el cultural, distinguiendo así dos tradiciones, una romano-cristiana y otra «foránea» que se desarrollan y entremezclan a lo largo de los siglos analizados. Así, el autor comienza con los antecedentes del mundo funerario romano de los siglos ii y iii para, posteriormente, pasar al mundo

funerario romano-cristiano y al «foráneo» entre los siglos v y vii/viii, para finalizar con un capítulo dedicado al tema de las tumbas excavadas en roca y el mundo funerario hasta el siglo x. No encontramos, sin embargo, un capítulo de conclusiones en el que se resuman las ideas principales del texto, que deben ser detectadas y analizadas a lo largo del mismo. Como complemento, se añade un vocabulario básico de los principales conceptos utilizados.

El primer capítulo, muy breve en comparación con los posteriores, sintetiza, sin profundizar demasiado, las principales formas funerarias del mundo hispanorromano de los siglos i y iv. A esta rápida síntesis añade el análisis, más breve si cabe, del complejo tema de las mal llamadas «necrópolis del Duero», que el autor data entre los siglos iv y v y relaciona con la tradición tardo-romana ya que «nada hay que las diferencie» de esta, descartando así que tuvieran algo que ver con poblaciones de origen «germánico». Aunque, positivamente, parece que ya se ven superadas antiguas teorías, como la tradicional tesis militarista del *limes hispanicus*, el autor no entra en profundidad en el tema, echándose en falta una crítica sistemática de las cronologías y un estudio sobre el carácter, en términos sociales y económicos de estos conjuntos.

A partir de este primer capítulo, introductorio, el trazado del mundo funerario se realiza distinguiendo entre una tradición romana y una tradición «foránea» que se mantienen y se relacionan entre sí; idea que cuenta con una trayectoria historiográfica amplia de la que se podrían destacar los trabajos de Palol, Orlandis, E. A. Thompson o Gisela Ripoll, por ejemplo.

Por lo que respecta a la trayectoria del ritual romano, la nota más característica sería la influencia del Cristianismo en el mundo funerario tardo-romano que «reinterpretaría» los antiguos ritos, adaptándolos progresivamente a esta nueva ideología. Se tendrían, por tanto, las tipologías funerarias

previas (sarcófago, enterramientos en ánforas, mausoleos, etc.) que se reinterpretarían desde la óptica del Cristianismo pero al mismo tiempo se incorporarían una serie de novedades entre las que se destaca repetidamente (hasta seis veces), por «revolucionaria», la *tumulatio ad sanctos*. El Cristianismo, como una nueva forma de entender los espacios funerarios provocaría unos cambios muy sustanciales en la topografía y organización de los enterramientos, siendo «un parámetro fundamental para documentar y comprender aspectos cruciales en la sociedad hispana en época tardoantigua» (p. 89).

La parte más gruesa del trabajo lo constituyen, como no podía ser de otra forma, las necrópolis tradicionalmente denominadas «visigodas» y que el autor asocia a ritos culturales «foráneos». El término «foráneo» juega un papel destacado en la conceptualización del estudio, ya que con él se pretende salvar parte de la problemática historiográfica sobre la cuestión étnica de otros términos como «visigodo», «suevo» o «alano» de las tesis germanistas.

En este sentido López Quiroga se hace valer de las teorías de etnogénesis de la Escuela de Viena y de García Moreno en España basadas en los trabajos de Wenskus y Wolfram, fundamentalmente. A través de estas teorías, las necrópolis con ritos identificados como «foráneos» serían indicativas de contingentes de población extranjera y heterogénea; es decir, sin tratar de identificar el «DNI-étnico» visigodo, alano o suevo de las tumbas, estas vendrían a mostrarnos rituales de otros grupos de tradiciones no-romanas cuya presencia es, para el autor, «innegable». Acertadamente, el autor cuestiona la fórmula simplista de asociar una etnia concreta al portador de un ajuar, pero el uso del término «foráneo» es, en el fondo una forma, más laxa, de tratar las necrópolis en términos étnicos o, por lo menos, exclusivamente culturales.

El punto de mira, por tanto, no habría que ponerlo en la identificación de este «DNI-étnico», sino en «la de ser capaces de

diferenciar, simplemente, entre costumbres y ritos de tradición hispano-romana y aquellos de procedencia foránea» (p. 108). Sin embargo, el autor no duda en criticar las posiciones que cuestionan abiertamente el carácter étnico-cultural de estos materiales, ya que «deducir, por ello, que no es posible atribuir a la presencia goda los elementos de vestimenta personal contenidos en tumbas [...] es absurdo y fuera de todo sentido común» (p. 265). Lamentablemente, al no citar los trabajos que el autor rechaza, se hace muy difícil rastrear estas críticas y poder así entrar en una discusión que, como demuestran los actuales debates en torno a la etnogénesis (con especial relevancia de los publicados en el libro de Andrew Gillet en *On barbarian identity*, 2002), está muy lejos de ser tan claro como el autor expresa. Se echa en falta, por tanto, una crítica más amplia y profunda sobre la etnogénesis y, sobre todo, de sus problemas metodológicos y teóricos, que son muchos y muy relevantes para el estudio de los conjuntos funerarios de la Península Ibérica.

Para López Quiroga, la aparición de ciertos elementos, como ajuares típicos de las *inhumations habillées*, rituales ajenos a la tradición hispanorromana (como la de los nichos laterales o la aparición de falanges en la boca de los enterrados), o la aparición de elementos de vestimenta femenina serían indicativos de rituales «foráneos» traídos a la Península Ibérica por individuos de una cultura y tradiciones diferentes a los presentes en el mundo romano previo. Es especialmente significativa la importancia que el autor otorga a la vestimenta femenina, «depositaria de la tradición ancestral de un grupo o pueblo determinado; sufriendo, en este sentido, menos los cambios ligados a los procesos de aculturación» (pobremente justificado con un escueto «los etnólogos consideran que la vestimenta femenina ha jugado, desde siempre, un rol protector en las sociedades tradicionales» (p. 97)).

Una de las propuestas del trabajo más novedosa es adelantar muchos de estos rituales

«foráneos» a principios del siglo v, en vez de finales de esa centuria y principios del siglo vi, que se encuadrarían en un «horizonte pónico-danubiano-hispano» (siguiendo la metodología alemana de los Stufé o niveles arqueológicos) asociado a militares «foráneos» de etnia heterogénea de alto rango llegados a la Península Ibérica como parte de un contingente militar romano. Este nivel, dividido en Nivel IA (1.^a mitad del siglo v) y Nivel IB (2.^a mitad del siglo v), se justifica mediante la aparición de materiales extraños a los ritos romanos en diversos contextos peninsulares. De ellos el Nivel IA, un conjunto muy heterogéneo de piezas en oro con paralelos en Centroeuropa (en concreto la paradigmática tumba de Untereisenbrunn), es el más difícil de justificar, ya que, en palabras de López Quiroga, «un problema, crucial, para no pocos de estos objetos, no todos documentados en un claro contexto funerario, es que proceden en su mayor parte de hallazgos fortuitos, cuando no resultado de una actividad furtiva, y sin contexto estratigráfico fiable o completamente ausente» (p. 115). De hecho, el único contexto estratigráfico fiable mencionado es el de Blanes (Mérida), que el autor ha visto *in situ*, pero del que no ha podido contar con un estudio sistemático. Por lo que respecta al nivel IB, se trataría de un conjunto de piezas que, tradicionalmente, se venían asociando más al mundo «visigodo» de los primeros momentos del siglo vi; sin embargo, aquí se llevan a la segunda mitad del siglo v por los paralelos con otras piezas centro europeas de la cultura de Cernahov «puesto que la influencia [...] es obvia».

Aunque se hacen unas pequeñas matizaciones a los trabajos tipológicos de Ripoll, sobre todo en lo que concierne a la cronología de su Nivel II (fechado entre los años 480/490 y 525) y el nivel «pónico-danubiano-hispano», y si bien se menciona (que no cuestiona) algunas de las dudas sobre este modelo (expuestas recientemente por autores como el ya mencionado Collins), el autor

toma esta tipología como base para fechar los materiales y las necrópolis que justifican su trabajo interpretativo. En este sentido, el análisis de los materiales de los siglos vi y vii, siempre desde una perspectiva étnico-cultural, se ajustan perfectamente a todo lo que se ha dicho tradicionalmente, si bien se introducen en el debate un conjunto de necrópolis menos conocidas (como la de Loranca o la de Gótzquez, ambas en Madrid) junto con una selección, no sistemática, de otras necrópolis tradicionales más conocidas (Castiltierra, Espirido-Veladiez, Duratón...).

Lo mismo ocurre para los materiales de los siglos vii y viii, tradicionalmente interpretados a la luz de la influencia del Cristianismo con la conversión de Recaredo en 589 d. C., por un lado, y la influencia bizantinista/mediterránea en los últimos elementos de ajuar de inhumaciones *habillées* por otro. Teoría que el autor mantiene (de nuevo apoyándose en la clasificación hecha por Ripoll) aunque matizando que la rarefacción de estos ajuares «marca un punto de inflexión, que no de ruptura, en la Arqueología funeraria en un contexto en el que la tradición local hispano-romana se conforma como el vector explicativo fundamental que anuncia el paso a la alta Edad Media».

Para finalizar el panorama de estos siglos, el autor repasa brevemente los contextos funerarios islámicos y judaicos, sin aportar más que un escaso inventario de restos, muchos de ellos, como reconoce el autor, muy cuestionables. Añade además, dentro del marco de los siglos vii y viii un conjunto de enterramientos en estructuras de silos, asociados todos ellos a contextos de abandonos de poblados visigodos y relacionados, acertadamente, con un clima de inestabilidad política y económica de la Península Ibérica.

Finalmente, y constituyendo la parte más sustancial del trabajo junto a las necrópolis «foráneas» se encuentran las tumbas conocidas tradicionalmente como «olerdolanas». Tras hacer un repaso historiográfico e

introducir los problemas cronológicos derivados de los estudios de Alberto del Castillo en los años 70, el autor defiende la teoría de la aparición cronológica de este tipo de tumbas en un momento anterior al siglo VIII (a partir algunos registros de C¹⁴), como defendían las tesis tradicionales. En lo que respecta a la interpretación histórica de las mismas, sorprende la explicación del autor a partir de un «fenómeno milenarista» (p. 364) y reacción cultural al Juicio Final prácticamente imposible de justificar arqueológicamente, cayendo en un uso muy libre y flexible de datos histórico-documentales más que dudosos, al menos para poder interpretar arqueológica y contextualmente estos yacimientos.

En conjunto se trata de un estudio en partes excesivamente sintético y en otras más completo en las que el autor trata, a veces forzosamente, de hacer encajar los datos arqueológicos con teorías y apriorismos adquiridos por la larga y «pesada» historiografía sobre el tema, si bien, en conjunto, y de forma más o menos completa, el autor logra exponer, críticamente, todas las visiones sobre la Arqueología funeraria peninsular de estos siglos.

Negativamente, uno de los potenciales errores del estudio es que no parece metodológicamente correcto, a día de hoy, tratar de explicar el mundo funerario *per se*, como un compartimento estanco, sin valorarlo ni relacionarlo con todos los procesos que están ocurriendo en el mismo período, sobre todo a la luz de los nuevos descubrimientos arqueológicos, con especial relevancia del mundo de las aldeas altomedievales. Historiográficamente se ha demostrado la dificultad de estudiar estas necrópolis desde una lectura exclusivamente cultural, ya que, inevitablemente, se acaba cayendo en una lectura etnicista (o «fóranea»), con interpretaciones, tan difíciles de aceptar y demostrar, como es la incidencia de un supuesto «milenarismo» en el mundo funerario a partir del siglo VIII. Una argumentación exclusivamente

de tipo cultural que no tiene en cuenta las posibles incidencias que la economía, la organización social, las formas de producción, los patrones de poblamiento, etc. pudieron tener sobre estas necrópolis.

Por otra parte, una de las aportaciones más positivas es la recopilación, muy completa, de imágenes, mapas, dibujos de materiales, etc. que componen más de la mitad de las páginas del libro. Sin embargo, esto se oscurece por los numerosos errores editoriales y la falta de calidad de algunas de las imágenes que, esperamos, se puedan superar en el caso de que se hagan otras ediciones.

En resumen, el trabajo de López Quiroga es una aportación más, no muy novedosa en cuanto a las propuestas interpretativas, al panorama de la Arqueología funeraria de la Península Ibérica en época tardoantigua y altomedieval que no hace sino poner de relieve las dificultades de su estudio y resaltar que todavía es necesario un trabajo sistemático de recopilación de los datos (que, lamentablemente, todavía no existe y esta publicación tampoco resuelve) y, sobre todo, una intensa labor de crítica a la luz de las nuevas aportaciones de la Arqueología, no solo en relación al mundo funerario, sino, sobre todo, de los espacios habitacionales y económicos y de las formas de poblamiento.

Carlos Tejerizo